

La detección de la defensa en el lenguaje del paciente

Clara R. Roitman (APA; UCES), Estela Tarrab (APA; UCES), Cristina Tate de Stanley (APA; UCES), David Maldavsky (UCES, Buenos Aires, Arg., Instituto de Altos Estudios en Psicología y Ciencias Sociales)

Hasta este punto consideramos solo uno de los dos interrogantes con que nos dirigimos a las manifestaciones clínicas, el esencial: cuáles son los testimonios de una erogeneidad en el lenguaje. Nos queda por encarar el segundo interrogante, derivado: cuáles son los testimonios de las defensas, como destinos de pulsión, en ese mismo lenguaje.

Defensas y retórica: redes de palabras, estructuras-frase. Un sector del interrogante sobre las defensas queda respondido si tomamos en consideración que estas en sí mismas son parte integrante del lenguaje de pulsión. Por lo tanto, si prevalece un lenguaje del erotismo como el oral primario, las defensas serán de la gama de la desestimación y/o de la desmentida; pero queda sin esclarecer si se trata de defensas normales o patógenas. Las defensas tienden o bien a modificar una realidad no acorde a un deseo (sobre todo desmentida y desestimación), o bien a disfrazar el deseo mismo para amoldarse a una supuesta realidad (sobre todo represión). En el nivel del lenguaje estas diferentes modificaciones se expresan retóricamente. El discurso tiene una función básica: expresar el deseo, y otra que se le articula: ante un interlocutor. Por lo tanto, quien habla debe dar cabida en su decir a las mociones pulsionales y al mismo tiempo atenerse a ciertas normas consensuales que permiten hacer inteligible su discurso ante otros. Las transformaciones retóricas pueden conducir o bien a desafiar las normas consensuales o bien a volver menos reconocible el propio deseo en la expresión verbal.

El libro de Freud sobre el chiste (----) constituye un enorme estudio de estos juegos retóricos, los cuales pueden ser definidos como trasgresiones regladas de las normas consensuales (----). Tales trasgresiones regladas constituyen transacciones entre las fuerzas en pugna en lo psíquico, entre el triunfo del deseo y el de la realidad. Hemos afirmado (----) que las normas trasgredibles pertenecen a seis grupos: fonémico, sintáctico, semántico, pragmático, lógico, orgánico, y la regla central exige que la versión incluida en el discurso respete la invariancia y que en consecuencia sea posible al interlocutor recuperar la forma originaria, como cuando decimos “las perlas de tu boca”, y podemos colegir la palabra “dientes”.

La defensa normal, funcional, permite operar estas transformaciones retóricas como expresión de determinado lenguaje del erotismo. Los diferentes lenguajes del erotismo se expresan pues retóricamente como consecuencia de la actividad de las defensas, funcionales o patógenas. El lenguaje del erotismo intrasomático se expresa en el plano retórico como trasgresión de las normas consensuales orgánicas, el oral primario, de las de tipo lógico, el sádico oral secundario, de las de tipo semántico, el sádico anal primario, de las de tipo pragmático, el sádico anal secundario, de las de tipo fonológico-sintáctico, y del mismo modo ocurre con los lenguajes del erotismo fálico uretral y fálico genital. La diferencia entre los tres mencionados en último término se presenta en cuanto al grado de sustracción fonológico-sintáctica correspondiente (----).

Erogeniedades	LI	O1	O2	A1	A2	FU	FG
Defensas	Desestimación del afecto	Desmentida Desestimación de la realidad y de la instancia paterna	Desmentida Desestimación de la realidad y de la instancia paterna	Desmentida Desestimación de la realidad y de la instancia paterna	Represión	Represión	Represión
Procesos retóricos	Orgánicos	Lógicos	Semánticos	Pragmáticos	Fonológico-sintácticos	Fonológico-sintácticos	Fonológico-sintácticos

La exposición precedente permite enlazar defensa y retórica, ambas como lenguajes de pulsión, la primera como determinante de la segunda, que se evidencia en las manifestaciones. Pero dicha exposición no permite esclarecer qué diferencias se dan, en el plano de las manifestaciones retóricas, cuando la defensa es normal y cuando es patógena. Para alcanzar esta meta distinguimos entre el juego retórico y la perturbación retórica, esta última como testimonio de la defensa patógena. Liberman (----) sostuvo que la patología se expresa como una perturbación o distorsión retórica específica (que para él era solo de tipo sintáctico, semántico o pragmático), aunque no precisó qué entendía con este término. Por nuestra parte, intentamos precisar en qué consiste una perturbación retórica como expresión de la defensa patógena. Esta consiste o bien en un cuestionamiento (si predomina la desmentida) o en una abolición (si predomina la desestimación) de la norma consensual, o bien, a la inversa, en una desfiguración tal (si tiene hegemonía la represión) del deseo que este resulta irreconocible en la manifestación. El cuestionamiento o la abolición de la norma consensual puede recaer sobre el nivel semántico, pragmático, lógico u orgánico, mientras que la desfiguración del deseo que lo vuelve irreconocible promueve como efecto perturbaciones fonológico-sintácticas, sobre todo por un exceso en los procesos sustractivos que imposibilitan la recuperación de la forma originaria.

Defensa patógena	Desestimación	Desmentida	Represión
Perturbación retórica	Abolición de la norma consensual orgánica, lógica, semántica o pragmática.	Cuestionamiento de la norma consensual orgánica, lógica, semántica o pragmática	Exceso de transformación (por sustracción) fonológico-sintáctica

Así pues, las defensas no patógenas se expresan como recursos retóricos logrados (en los chistes, por ejemplo), mientras que las defensas patógenas se manifiestan como perturbaciones retóricas. Tales recursos retóricos, logrados o perturbados, tienen un alto grado de especificidad, y pueden ser analizados en el terreno de las redes de palabras y en el de las estructuras-frase.

En suma, hemos sostenido que en el nivel de las redes de palabras y de las estructuras-frase los procesos retóricos se caracterizan por constituir trasgresiones, exitosas o no, de las normas consensuales. Como tales normas pueden ser categorizadas, también pueden sistematizarse las defensas (funcionales o patógenas) que las alteran. Entonces podemos afirmar que la

defensa patógena se presenta como una perturbación retórica que afecta a un sector definido de las normas consensuales. Tal perturbación retórica resulta un punto de convergencia de una erogeneidad y una defensa, ambas específicas. Por ejemplo, cuando la erogeneidad oral primaria se combina con una desestimación de la función paterna y de la realidad, se dan perturbaciones retóricas lógicas, y el paciente se supone entrampado en una contradicción entre afirmaciones incompatibles. En cambio, cuando esta misma erogeneidad (oral primaria) se combina con la desmentida, el paciente pretende entrampar de este mismo modo a otros, inclusive al analista. Un logro retórico en este lenguaje del erotismo (y no su perturbación) se presenta en los cuentos de Borges.

De igual modo ocurre con respecto a los procesos retóricos orgánicos cuando el lenguaje del erotismo en juego es intrasomático, con los procesos retóricos pragmáticos, cuando el lenguaje del erotismo es el sádico anal primario, y con los procesos retóricos semánticos, cuando el lenguaje del erotismo en cuestión es el sádico oral secundario. En otros textos (----) hemos analizado y ejemplificado ampliamente estas múltiples alternativas, que ahora solo podemos mencionar sumariamente. Con lo aquí expuesto solo queda reseñado uno de los tres caminos para el análisis de la defensa, que concierne al nivel de las redes de palabras o de las estructuras-frase.

Defensa y retórica: secuencias narrativas. Consideremos ahora un segundo nivel de análisis, el del relato, en que es posible detectar la defensa, igualmente en términos retóricos. El nivel del relato es, como ya lo indicamos, también testimonio de la erogeneidad. Hemos descrito una serie de escenas inherentes a las secuencias narrativas que son testimonio de determinada erogeneidad. En este mismo nivel, la defensa, patógena o funcional, se expresa por la posición del narrador en la escena a la que alude. Antes nos referimos, como ejemplo, a las secuencias narrativas del lenguaje del erotismo fálico uretral. Consideremos ahora, respecto de este mismo lenguaje, la cuestión de la defensa, definida por la posición del narrador en las escenas. Consideremos una escena prototípica, como la de la rutina, tal como lo propusimos en otro libro (Maldavsky, 1999). En las frecuentes reuniones entre amigos, en un espacio cerrado, puede aludirse a algún personaje que se atreve a desafiar los peligros exteriores, pese a su angustia, la malevolencia del grupo de pares y las profecías de un augur poderoso, dominante en el territorio. Sin embargo, dicho personaje se detiene cuando se halla ante la necesidad de decidir si avanza por un territorio inexplorado, atractivo pero enigmático. En cambio, su hermano, que ha acompañado sus pasos, avanza pese a sentir temor y se interna en dicho espacio. Otro, que pretende emularlo, desarrolla en realidad una oscilación entre una hipertrofia competitiva solitaria y un retorno a la rutina, y en un cuarto, por fin, se incrementan hasta tal punto los rasgos timoratos que solo atina a encerrarse en su cuarto, donde lee con insistencia libros de viajes aventureros, con los cuales trata de recuperarse de la angustia que le despiertan imágenes que lo asaltan (que poseen un alto grado de realismo), en las cuales aparecen accidentes, casas en llamas y sobre todo cuerpos heridos, sangrantes.

Aquellos que se ubican en la posición de quienes se apegan o bien a la rutina o bien a una hipertrofia competitiva solitaria ponen en evidencia una prevalencia de la desmentida (secundaria) y de las identificaciones propias de

las caracteropatías fóbicas y contrafóbicas. Aquellos que se detienen en el avance hacia el territorio en el cual desean penetrar, manifiestan la eficacia de la represión del deseo ambicioso. Por fin, en quien halla el modo de avanzar pese a la angustia se advierten los efectos de defensas no patógenas, que dan cabida a la hostilidad sin que se vuelva desestructurante de un proyecto ambicioso. También es notable la figura del personaje que hace de acompañante de quien tiene la iniciativa. Dicho personaje expresa una identificación con la posición ambiciosa ajena. Igualmente, importa el personaje que aparece ocupando el lugar de quien vaticina, en el cual pueden desarrollarse la desmentida para sostener la propia omnipotencia (complemento del mantenimiento en la rutina) e inclusive la desestimación, en cuyo caso emergen profecías que se presentan como visiones aterradoras.

Defensas y sustitución de la prevalencia de un lenguaje del erotismo por otro complementario. Existe un tercer modo de análisis de la defensa (o más bien de su cambio). Este tipo de análisis posee un orden diferente, ya que parte del principio de que a cada lenguaje del erotismo lo acompaña una defensa específica, o más bien un grupo de ellas. Entonces, un cambio en la defensa puede hacerse evidente en la manifestación clínica bajo la forma de la sustitución (parcial o total) de un lenguaje del erotismo por otro. Sin embargo, cabe preguntarse por el criterio que conduce a afirmar que determinada sustitución de un lenguaje del erotismo por otro es expresión de un cambio positivo en la defensa. Al respecto nos parecen esclarecedoras las sugerencias de Liberman (----), quien afirmaba que para cada lenguaje del erotismo (él usaba el término estilo) del paciente existe un complemento óptimo en el lenguaje del terapeuta, que opera al servicio del cambio positivo en la defensa. Cuando dicho lenguaje del erotismo complementario comienza a desarrollarse también en el paciente (como consecuencia del trabajo clínico del terapeuta) podemos considerar esta modificación como indicio de un cambio positivo en la defensa. Liberman sostenía, por ejemplo, que para los lenguajes del erotismo fálico uretral y fálico genital el complemento óptimo es el oral primario y que para este último lo es el fálico genital. Liberman justificaba sus hipótesis sosteniendo que en el lenguaje del erotismo fálico genital son frecuentes dramatizaciones redundantes y proliferaciones sintácticas y semánticas carentes de síntesis, mientras que en el lenguaje del erotismo oral primario prevalecen la tendencia a la abstracción y la falta de compromiso en un despliegue de escenas. De tal modo, este último lenguaje del erotismo le aporta al primero su complemento óptimo, al conducir a detectar lo común en la redundancia, y con ello a sustituir una defensa patógena (represión) por otra, más benigna. Argumentaciones similares conducen a justificar las otras complementariedades en cuanto a los lenguajes del erotismo.

Hallazgos clínicos. Consideremos ahora los hallazgos que este métodos nos ha aportado en relación con el estudio del valor terapéutico del psicoanálisis. Recordemos que postulamos dos criterios para detectar cambios en las defensas: por un lado, la modificación en cuanto a los recursos retóricos y, por el otro, la sustitución de la prevalencia de un lenguaje del erotismo por la de otro, complementario. Podemos preguntarnos si es necesario dar preeminencia a uno u otro de estos dos criterios. Si bien teóricamente pueden presentarse conflictos entre los resultados del análisis con uno u otro criterio, en los hechos

concretos hemos observado otras alternativas: o bien que el cambio se dé exclusivamente en el terreno retórico, o bien que se dé también en el de la sustitución de las prevalencias de un lenguaje del erotismo por otro, complementario. Cuando el cambio es del primer tipo, a menudo la modificación clínica es consecuencia de una intervención pertinente del terapeuta, pero suele ser transitoria. En cambio, tiene un mayor grado de estabilidad el cambio clínico que deriva de la introyección de un lenguaje del erotismo complementario. En tal caso también suele ocurrir un cambio de carácter retórico.

Por otra parte, el método permite detectar con mucha fineza varios lenguajes del erotismo coexistentes y otras tantas defensas, normales y patógenas. Aplicar el método al estudio de un tratamiento concreto hace posible advertir que algunas defensas se modifican transitoriamente como consecuencia de una intervención del analista (o de su silencio), mientras que otros cambios adquieren mayor estabilidad. También es posible detectar modificaciones de una parte de un sistema defensivo complejo, y el valor que tiene este cambio en el conjunto. En efecto, a veces la modificación atañe solo a una defensa secundaria, como por ejemplo un desplazamiento defensivo, pero lo central del sistema permanece casi inalterado; en otras ocasiones advertimos un desenlace inverso: ha cambiado lo nuclear, mientras que algunas defensas secundarias persisten, claro que cambiadas de signo, con un valor funcional. El método permite pues pensar una evolución clínica en términos de modificaciones parciales, transitorias o no, y detectar con fineza microtransformaciones, y no solo los grandes cambios estructurales, positivos o negativos, que también puede detectar anticipatoriamente.

Por otra parte, utilizamos el método para analizar sistemáticamente lapsus, frases poco corrientes, relatos intrincados; inclusive, los sueños de Freud (---). En todas estas ocasiones, el hecho de que el método tenga una relación consistente con la teoría freudiana nos ha permitido inferir el posicionamiento subjetivo de un paciente aun en detalles que de otros modos hubieran sido más difíciles de entender. Claro que alcanzar estas metas tiene un requisito: que el método y la teoría se enlacen con la actividad de un psicoanalista, que, en la sesión o fuera de ella, pone en juego su propio compromiso subjetivo.